Miércoles, 28 de noviembre 2012

En la frontera

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/11/on-border.html

El asunto del post de la semana pasada, el probable destino de Israel en los años finales del imperio americano, es un buen ejemplo para otros temas similares. Como os comentaba en la discusión anterior, Israel es un (entre varios otros) estado dependiente de los EE.UU. para quien el fin del imperio estadounidense significará también su propio final. Al mismo tiempo, también pone de manifiesto una importante fuente de tensión internacional que probablemente traerá una abundante cosecha de conflictos en las próximas décadas.

La palabra "irredentismo" apenas se oye actualmente en los medios de comunicación, pero mis lectores deberían considerar que hay razones para pensar que en el futuro la oirán con bastante frecuencia. Es la convicción, por parte de un grupo de gente, de que deben recuperar la posesión de algún pedazo de tierra que sus ancestros poseyeron en algún momento en el pasado. Es una noción popular fácil de entender, y su único inconveniente es el curioso detalle que todos los rincones del planeta, con la excepción de la Antártida y algunas estériles islitas desperdigadas, son objeto de más de una reclamación de esta clase. La parte del Oriente Medio que actualmente ocupa el estado de Israel tiene un notable cúmulo de reclamaciones irredentistas, pero hay algunas partes de Europa y Asia que podrían fácilmente ser reclamadas por alguien. Por supuesto, sólo se necesita una reclamación sobre un territorio ajeno para desencadenar problemas de todo tipo.

Es bastante común para los estadounidenses, si alguna vez piensan en el irredentismo, considerarlo como un problema que afecta a otros. Artículos muy especulativos en el New York Times sobre las reivindicaciones argentinas sobre las Malvinas o las de Bolivia por su salida al mar (perdida hace mucho tiempo), por ejemplo, se toman como si nada de eso pudiera rebosar desde esos países para tocar la vida de los estadounidenses. No puedo pensar en un ejemplo mejor de la ceguera selectiva de este país sobre su propia historia, ya que la bisabuela de las crisis irredentistas está desqarrollándose aquí en los EE.UU., y hay muchas razones para pensar que nos estallará en las manos en un futuro no muy lejano.

Ese es el tercero y último de los temas candentes que quiero discutir cuando va llegando el final de la serie de entradas sobre en el fin del imperio estadounidense. Sí, estoy hablando de la frontera sur de los Estados Unidos.

Muchos estadounidenses apenas recuerdan que el suroeste de los Estados Unidos (una cuarta parte de su territorio) una vez fue la mitad norte de México. La mayoría de los estadounidenses no tienen ni idea de que la guerra contra México, el conflicto que lo causó, fue un acto directo de piratería. (Por lo que yo sé, nadie pretendía lo contrario en aquel momento; los Estados Unidos de aquellos días aún no habían caído en la costumbre de revestir con hipocresía moralizante sus actos de realpolitik.) Al norte del Río Grande, si se menciona la Guerra Mexicana, algo que no suele suceder, por lo general se deja de lado con una cierta disciplencia: nosotros ganamos, ellos perdieron, y eso es todo. ¿Y al sur del Río Bravo? Cada hombre, mujer y niño conoce todos los detalles de esa guerra, y no han conseguido pasar página.

Esto puede que importe mucho a este lado de la frontera, excepto por dos cosas. La primera, que ya he discutido aquí varias veces, es el hecho dominante de la geopolítica norteamericana del siglo XXI, el fracaso de los asentamientos estadounidenses en las tierras secas del Oeste. En el apogeo de la expansión estadounidense, alimentada con la gran riqueza de unos recursos aún sin agotar y con un terreno fértil, aun no empobrecido, Estados Unidos creó un patrón de ecología humana sustentado en los fértiles suelos bien regados del Ohio y los valles del Mississippi superior salpicando las Grandes Llanuras y las tierras secas entre las montañas de granjas y pueblos agrícolas. El sueño era que las tierras secas del Oeste seguirían la misma trayectoria que sus predecesoras más orientales, y se convertirían en un interior agrícola estable que impulsase la riqueza de las ciudades recién creadas.

La gran sequía de la década de 1930 fue la primera señal de que esta gran fantasía no iba a poder cumplirse. Tras el impacto catastrófico de técnicas de cultivo inadecuadas para los frágiles suelos del Oeste, hubo un muy intenso ciclo natural de sequía —algo que los pueblos originarios del Oeste conocían bien pero que los colonos blancos fueron por lo general demasiado arrogantes para tener en cuenta—. Desde entonces es cada vez más patente la vulnerabilidad de la agricultura en las llanuras del Sur a las sequías cíclicas y otros problemas ecológicos pero la respuesta habitual ha sido la de aportar más dinero y más tecnología a la agricultura. Ello ha resuelto las dificultades a corto plazo, pero sólo para convertirlas en problemas irresolubles a largo plazo. Así, por ejemplo, los agricultores respondieron a la sequía con riego, obteniendo el agua de acuíferos subterráneos que datan de la Edad de Hielo y no se han recuperado, ganando prosperidad temporal a costa de la ruina permanente más adelante.

Los detalles varían de una región a otra, pero el efecto es el mismo. A lo largo de todas las tierras secas del Oeste, desde las Grandes Llanuras hasta la Cordillera de las Cascadas y la Sierra Nevada, está surgiendo un nuevo tipo de ciudad fantasma junto a las antiguas rutas que se abrieron durante la fiebre del oro. Casas, iglesias, escuelas y ayuntamientos están vacíos, las plantas corredoras (rodadores, o más técnicamente estepicursores) ruedan por las calles; con la decadencia de la vieja economía agrícola toda la gente del pueblo y casi todos los jubilados, ya se han ido a otro lado. Hay zonas que de nuevo se ajustan a la antigua definición de “frontera”: menos de dos personas que no sean nativos americanos por milla cuadrada. Como consecuencia, el vacío es ocupado por la nación más cercana con suficiente población y vitalidad cultural para llenarlo.

Animo a mis lectores que duden de esta afirmación a que emprendan un largo viaje en autobús a través de cualquiera de las principales regiones agrícolas de Estados Unidos al oeste del valle del Mississippi. Os sorprenderá el viaje, con frecuentes paradas en todos los pueblos de la ruta que tengan par de granjas, porque ahí es donde se puede ver una parte importante del futuro de EE.UU.: los pueblos que te encuentras son mexicanos en todo, salvo en el mapa. No es sólo que las señales estén en español; los carteles de películas en los escaparates de las tiendas de video son de películas mexicanas, los aperitivos en las estaciones de servicio son de marcas mexicanas, los locutores de radio hablan con pasión de los equipos deportivos de México y la gente de la calle lleva ropa a la moda de México. Esas ciudades no se limitan hoy a esa cuarta parte de los Estados Unidos, que una vez fue medio México; se pueden encontrar en la mayoría de las regiones agrícolas del país, y cada vez más alejados de la frontera.

En los Estados Unidos no se habla de eso. Hay muchísima retórica sobre la inmigración procedente de México, seguro, pero casi toda se centra en la pequeña fracción de esos inmigrantes que cruzan a los EE.UU. ilegalmente. Detrás de ese enfoque (otra cosa de la que tampoco se habla en los Estados Unidos), está la amarga lucha de clases entre la clase media y la clase obrera. La inmigración ilegal es buena para la clase media, porque los inmigrantes —que al ser ilegales, en la práctica no tienen derechos y por lo tanto se les pueden pagar salarios de hambre por trabajos no cualificados o de baja cualificación— reducen el coste de la mano de obra, y por lo tanto abaratan los bienes y servicios que la gente de la clase media desea. Por la misma razón, la inmigración ilegal es mala para la clase obrera, porque idéntico proceso resta oportunidades a los estadounidenses de la clase trabajadora: menos trabajo y menores salarios.

Nadie en la clase media quiere admitir que eso (hundir a la clase obrera de Estados Unidos en la miseria y el empobrecimiento) les beneficia económicamente; nadie en la clase obrera quiere usar el lenguaje de la lucha de clases, por temor a entregar armas retóricas a la siguiente clase inferior, por lo que ambas partes discuten sobre un tema secundario que les viene bien a todos, en este caso sobre la inmigración ilegal, y discuten con el estridente lenguaje moral común al debate sobre muchos de los problemas en los Estados Unidos de hoy, en los que se dejan de lado las cuestiones políticas y económicas directas. Mientras tanto, el cambio demográfico continúa, y redefine la historia futura y el paisaje cultural del continente norteamericano.

Los estudiantes de historia reconocerán un patrón familiar en el fracaso de la colonización de las tierras secas del Oeste de los Estados Unidos, un patrón que también se da al otro lado del Pacífico: el asentamiento ruso de Siberia se está convirtiendo en un parecido callejón sin salida. Allá el norte está siendo inundado por inmigrantes procedentes de China y de otros países asiáticos y eso podría, sentar las bases de una Gran China que algún día podría expandirse al Oeste hasta llegar a los Urales y al norte

hasta el Ártico. Sin embargo, hay otro patrón en la situación de América del Norte. Para entenderlo, será útil una mirada a una de las principales fuentes de inspiración para este blog, los escritos de Arnold Toynbee.

El meollo del proyecto de Toynbee (que desarrolló en su "Estudio de la historia", extensa obra en doce volúmenes) era la idea de presentar cada etapa del ascenso y caída de las civilizaciones, y ver cuáles son los factores comunes que podían deducirse de ellas. Muy simple en teoría, resultó una obra monumental en la práctica, por lo que casi toda la carrera de Toynbee como escritor se dedicó a un solo proyecto. El resultado es un recurso básico para el tipo de trabajo que estoy tratando de hacer en este blog: el intento de establecer qué aspecto tendrá nuestro futuro, prestando atención a cómo se han presentado casos similares en el pasado histórico.

Un patrón con muchos ejemplos es la evolución de las regiones fronterizas atrapadas entre un poder imperial y una sociedad mucho más pobre y de menor complejidad tecnológica. La China Imperial y Asia Central; el mundo romano y los bárbaros germanos; los toltecas del antiguo México y sus vecinos chichimecas del norte; bueno, una larga lista. Es un escenario muy común de la historia que se desarrolla de una manera muy precisa y estereotipada.

La primera fase de despliegue comienza con el ascenso y la exitosa expansión del poder imperial. Esa expansión muy a menudo implica la conquista de territorios limítrofes pertenecientes a naciones menos poderosas y más pobres. Durante algún tiempo, las sociedades vecinas que no son integradas giran en la órbita de la potencia imperial y copian sus políticas y hábitos culturales —los jefes de las tribus germanas acuñaron su propia moneda, copiada de la romana y se vestían con togas; gente de países muy alejados de los EE.UU. copian las instituciones de la democracia representativa y llevan pantalones vaqueros, etc.— Un imperio con éxito tiene un carisma que provoca la imitación y, en tanto se mantenga en su fase expansiva, el carisma hace que sea fácil mantener el dominio sobre las tierras fronterizas.

Pero cuando falla el ascendente y el desaparece el carisma las cosas se ponen difíciles. Toynbee utiliza un interesante aunque intraducible juego de palabras latinas para denotar la diferencia: el carisma de un poder imperial con éxito hace de sus fronteras un "limen" o umbral, mientras que el debilitamiento de su poder y de su carisma obliga a sustituir "limen" por "limes", muros de defensa. De hecho es frecuente que cuando se levanta un muro físico a lo largo de la frontera del poder imperial, sirve de aviso a los historiadores de que sus días están contados.

Cuando se construye el muro, literal o simbólicamente, el foco se desplaza hacia las tierras colindantes del exterior, y esas tierras pasan por una serie totalmente predecible de etapas. A medida que aumentan las tensiones económicas y políticas a lo largo de la frontera, el orden social se derrumba y las instituciones se desintegran, dejando el poder en manos de nueva categoría de clase social, el de los señores de la guerra, las hordas, un grupo de hombres en su mayoría jóvenes cuyo único oficio es la violencia y que están comprometidos por lealtad personal a un carismático caudillo o señor de la guerra. En un primer momento, las hordas nacientes luchan entre sí y con las instituciones decadentes de sus propios países, pero rápidamente dirigen su atención a las mucho mayores riquezas que se encuentran al otro lado de la muralla. Razzias e incursiones sumen la región en una creciente espiral de violencia que las bandas de guerra soportan mucho mejor que el gobierno imperial.

Las etapas finales del proceso dependen de un patrón más amplio de decadencia. En el análisis de Toynbee, una civilización decadente siempre se divide en una minoría dominante, que mantiene su poder por medios cada vez más coercitivos, y un proletariado interno, la mayor parte de la población, que es formalmente parte de la civilización pero recibe cada vez menos de sus beneficios y se aleja cada vez más de sus valores e instituciones. Esta condición se aplica al estado imperial y a su círculo interno de aliados; fuera de ese núcleo se encuentra el mundo del proletariado externo. En los términos que se han utilizado en posts anteriores, estos son los pueblos sobre los que actúa la bomba de riqueza imperial: la riqueza fluye hacia el imperio para apoyar el núcleo imperial, pero el proletariaso externo recibe muy pocos beneficios a cambio.

El surgimiento de la cultura las hordas hace que el acuerdo se derrumbe. A medida que surgen y se aglutinan las hordas y comienzan las incursiones en la frontera, la máquina que concentra la riqueza en la minoría dominante empieza a descomponerse; los ingresos fiscales se hunden a medida que la riqueza se convierte en botín para las hordas y disminuye la capacidad del estado imperial para hacer cumplir su voluntad. El final llega cuando el proletariado interno, empujado hasta el límite por las exigencias cada vez más frenéticas de la minoría dominante, da su apoyo al proletariado externo —o más exactamente, entregan su apoyo al proletariado externo encarnado en el líder más exitoso de una o más hordas guerreras— y el imperio comienza su colapso final generando un conjunto de pequeños estados protofeudales. Así suele ser como evoluciona la crisis final de una civilización y también es la forma más habitual de colapso de los imperios de la variedad común o de jardín, incluso aunque la caída del imperio no signifique la destrucción una civilización.

En otras palabras, a medida que Estados Unidos se enfrenta al final de su imperio de ultramar y a la drástica contracción de la economía, inflada durante décadas por el tributo imperial, tiene que resolver una enorme dificultad mucho más cerca de casa: una nación orgullosa y poblada en su frontera sur, con una vibrante cultura, pero donde se desintegran las instituciones políticas y emergen las clásicas hordas, una nación con una gran presencia demográfica (además creciente) dentro de las fronteras de Estados Unidos y con un ardiente sentido de resentimiento dirigido directamente a los Estados Unidos. Esta no es la receta para una decadencia imperial pacífica.

Tampoco hay mucha esperanza de que se pueda evitar el modelo clásico: ya se ha levantado el muro, en el sentido más literal, y las consecuencias habituales están siguiendo el consabido guión de la historia. ¿Hordas? Los medios de comunicación de Estados Unidos las llama "bandas de narcotraficantes", ya que participan activamente en el tráfico de drogas a través de la frontera. Todavía no han completado la trayectoria que las haga herederas de los hunos y los visigodos. En particular, el carisma que rodea a los grandes señores de la guerra en época de colapso imperial no ha hecho más que empezar a oscilar alrededor de los líderes más exitosos de las nacientes hordas mexicanas. Denle tiempo; la exaltación de la vida de gángster que impregna la cultura popular en la parte inferior de la pirámide socioeconómica en estos días nos indica que hace mucho tiempo que se plantaron las semillas de ese cambio.

¿Se puede hacer algo para evitar que esta tendencia continúe en su camino hasta ese final descrito por la Historia? En esta etapa de la partida, probablemente no. Un imperio en su apogeo de poder a veces puede detener la espiral mediante la conquista de toda la región, no sólo de la zona fronteriza, eliminando fronteras y absorbiéndola totalmente en el sistema imperial; por eso la Galia, que al principio había sido una fuente de constantes incursiones contra los intereses romanos, no produjo muchas hordas propias en los años de declive hasta que al fin fue conquistada y colonizada por tribus germánicas venidas del este. Si Estados Unidos hubiera conquistado totalmente a México en la década de 1870, hubiera admitido a sus estados en la Unión y hubiese integrado plenamente a la sociedad mexicana en el proyecto estadounidense, quizás podría haber funcionado, pero ya es demasiado tarde para ello; la polarización de las zonas fronterizas es un hecho, debido a la amargura de un pueblo desposeído, y también a la degradación continua del poderío estadounidense.

El otro punto final del proceso, el único *final* del proceso que se puede encontrar en cualquier parte de la historia registrada, es el colapso del poder imperial. Los Estados Unidos ha organizado en las últimas décadas un montón de desastres, fundamentalmente debido a la elección de alternativas profundamente equivocadas, y algunos de ellos podrían golpear mucho antes de que la defensa de la frontera sur se convierta en el principal problema de seguridad, el más urgente e insoluble. Aún así, me gustaría animar a aquellos de mis lectores que viven en las tierras secas del Oeste, especialmente aquellos que vivan en un estado cerca de la frontera sur, para que se mantengan atentos a las primeras incursiones de tanteo, y también a que lean sobre lo que sucedió a las partes del Imperio romano más directamente expuestas a las incursiones de las hordas en los últimos años de la dominación romana.

También me gustaría decir a mis lectores enardecidos por lo anterior que se paren, respiren profundamente, y presten atención a lo que es y no se dice. Una vez más, la retórica estridente de los juicios morales que trata cada cuestión política como una oportunidad para expresar la propia justa indignación, aunque sea muy popular, no tiene ningún valor especial en este contexto. Hace más de un siglo y medio, los políticos estadounidenses decidieron ir a la guerra con México; durante el próximo

siglo, más o menos, como resultado de aquella decisión y el de sus consecuencias en cascada, el orden social básico (que permite la viabilidad de cualquier sociedad) probablemente se degradará en una parte considerable de lo que hoy es Estados Unidos, y permanecerá así durante un largo tiempo. Eso es simplemente una de las cosas que pueden suceder cuando un imperio cae, y es algo que muchos de nosotros quizá veamos en los años venideros en los EE.UU..